



VNiVERSiDAD
DSALAMANCA

José Ramón Alonso
Rector

DISCURSO DE D. JOSÉ RAMÓN ALONSO PEÑA. RECTOR DE
LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA EN EL ACTO DE ENTREGA
DEL XVI PREMIO REINA SOFÍA DE POESÍA IBEROAMERICANA

Palacio Real de Madrid

14 de noviembre de 2007

Señora,

Hoy hace exactamente ocho meses menos un día que, tras ser elegido por el conjunto de la Comunidad Universitaria salmantina, accedí a la tarea que considero el mayor honor de mi vida: servir a mis compañeros como Rector de la Universidad de Salamanca.

En la vorágine de emociones y sentimientos de aquel día, recuerdo que por un momento pensé en este acto, en que tendría que escribir estas líneas. Tendría que hablar ante mi Reina, ante algunos de los mejores escritores y poetas de los siglos XX y XXI, y



VNIVERSIDAD
D SALAMANCA

ante los muchos colegas y amigos que hoy nos acompañan. Pensé en especial en los profesores y estudiantes de nuestras facultades de Humanidades que trabajan cada día por el español, por nuestra cultura, nuestra esencia, nuestro futuro. Sé que para ellos el premio *Reina Sofía de poesía iberoamericana* es un estandarte de nuestros compromisos, de nuestras señas de identidad como Universidad de Salamanca: la lengua, la literatura, el patrimonio histórico y cultural, la creación, Iberoamérica. Sé también la enorme alegría con que en nuestras aulas y patios se recibió la elección de Blanca Varela como la galardonada de este año, una poeta sobria y valiente, comprometida y veraz, una americana de las tierras del Perú y al pronunciar Perú queremos decir amigos, hermanos. Y también, una mujer. Fue un anuncio cargado de alegría.

Pero eso no aliviaba que este profesor metido a gestor, un biólogo celular, tuviese que hablar ante poetas y literatos, y ante ellos, ante ustedes, hablar de poesía y literatura. Lo volví a recordar en el primer



acto en el que tuve que representar a mi Universidad fuera de nuestras fronteras: el Congreso Internacional de la Lengua, la presentación de la nueva gramática académica y panhispánica del español, el acuerdo para el Sistema Internacional de Certificación de Español como Lengua Extranjera. Temas cruciales para nuestra universidad y para este Rector.

Esas reuniones tuvieron lugar en otras tierras de América, en Medellín, Colombia. Allí, en su discurso, Su Majestad el Rey, hablaba de lo que implicaban esos logros en los que tanto habían trabajado algunos de nuestros profesores de Salamanca. Su majestad, hablando de la lengua, usó una hermosísima metáfora: las palabras son células. Y es verdad. Y ahí, en ese capote ¿involuntario? del Rey, hallé claramente la clave de esta intervención mía en este acto solemne, porque a las células he dedicado toda mi vida como investigador y profesor. Y de células sí que puedo hablar.



Las palabras son células. Mis amigos lingüistas me dicen que las palabras son unidades en estructura y en función. Nosotros, los biólogos, definimos las células como unidades en estructura y en función. Son como los ladrillos con los que todo se construye, sea la vida en su maravillosa variedad y evolución, sea el discurso en su maravillosa complejidad, contundencia o levedad. La vida –y el lenguaje– como un fogonazo verde que recorre este planeta, siempre creciendo, siempre cambiante. Blanca Varela lo anticipa cuando escribe

*Y comprenderé entonces el
crecimiento de las plantas y el
cambio de pelaje de las
pequeñas crías*

Y con las palabras construimos historias y universos; describimos lo visible y lo invisible; lo palpable y lo intocable: el aire y el amor y el miedo.



Unas cuantas células y otras tantas palabras pueden existir de forma aislada: una ameba, un adiós. Pero la mayor parte de ellas –sean palabras sean células– solo alcanzan todo su potencial en cooperación, junto con otras palabras, junto con otras células, en sintaxis. Y así, las palabras construyen *El Quijote*, la *Constitución* o un poema de Blanca Varela. Y así, las células formaron el brazo de Miguel de Cervantes, cualquiera de ellos, y las alas del colibrí y su amante. Células y palabras se integran en estructuras superiores donde el todo es más que la suma de las partes. Un libro es mucho más que sus índices o que la alfabética lista fría de sus vocablos. Un hombre es mucho más que sus células. Igual que el tejido de las palabras permite construir textos distintos, así la urdimbre de las células permite construir piel, capilares, o un hígado con elementos que tienen mucho en común. Un cuerpo. Ese cuerpo de la madre al que Varela llama una casa vacía donde ya no podemos volver.



Ahora trabajamos con células madre y exploramos esperanzados todo su potencial para curar. Y la artrosis, la diabetes o el alzheimer tienen un nuevo proyecto terapéutico, un nuevo plan de ataque que hace pocos años ni siquiera sabíamos soñar. También ha habido palabras madre que han abierto nuevos mundos, han generado palabras hijas, derivadas, aumentativos, y lenguas hermanas, han formado nuevas palabras por división y diferenciación. Y nos han abierto mundos y nos han brindado hermanos. Y nos han hecho mejores. Porque crear una palabra es lo que más acerca a un hombre a un dios. Y las células mueren o se duermen esperando mejores tiempos. Y también hay palabras que dejamos en letargo, y otras que lanzamos a los aires del tiempo y la historia y mueren para siempre o quizá esperan unos labios que, como en el cuento infantil, las devuelvan con un gesto, con un beso, a la vida.

Y también hay células que se vuelven locas o malignas. Las llamamos así aunque no buscan hacer



VNiVERSIDAD
D SALAMANCA

daño. Es maligna aquella célula cuyo futuro individual se opone al futuro del colectivo, a la esperanza del grupo, al destino del cuerpo común. Al final todos pierden. Y hay ¿cómo no? palabras cargadas de odio y fanatismo, de desunión y de muerte. Y todos perdemos. Porque una sociedad, un país o una universidad son organismos, son proyectos comunes, son caminante y camino al mismo tiempo. Y nos necesitamos todos, necesitamos a todos.

Hoy es día de festejos; un día donde celebramos la palabra que une, que da vida, que lleva amor, que cruza océanos y cordilleras. Las palabras que escribió Blanca Varela en Lima, en París o en Washington y llegaron a Madrid, a Buenos Aires, a Salamanca. Las que hoy nacen aquí y llegan a Lima, a Nueva York, a Salamanca. Nuestra lengua compartida nos hace más y nos hace mejores. Aristóteles, dijo que había un tipo de creación que convertía el pensamiento en materia. Lo llamó *poiesis*. Y de *poiesis*, la creación de las células, he hablado a mis estudiantes durante años: hematopoyesis, linfopoyesis, eritropoyesis,



VNiVERSiDAD
DSALAMANCA

colanopoyesis. Y de poyesis nació también,
convirtiendo el pensamiento en materia, la poesía.

El primer verso de uno de los poemas de Blanca
Varela (Escena Final) dice

He dejado la puerta entreabierta

Jamás se volverá a cerrar.

Muchas gracias